



**Fernando Castillo**  
**Noche y niebla en el París ocupado**  
**Vidas cruzadas de César González Ruano,**  
**Pedro Urraca, Albert Modiano y André**  
**Gaboris. *Traficantes, espías y mercado***  
***negro***

PRÓLOGO  
NOCHE Y NIEBLA

«Hay una gran fuerza en el hecho de mantener  
bajo el más absoluto silencio ciertos temas.»  
Czeslaw Milosz (*El poder cambia de manos*)

«Noche y niebla» —*Nacht und Nebel*— es el muy poético nombre que recibió el decreto de diciembre de 1941 firmado por el mariscal Wilhem Keitel, el jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, el OKW, mediante el cual se otorgaba cobertura administrativa, que no legal, a la desaparición de todos aquellos que estaban considerados enemigos del Reich. «Noche y niebla», título también de un conocido documental de Alain Resnais sobre el Holocausto, era la culminación de la inseguridad jurídica, del apogeo del terror que se esconde detrás de la voluntad arbitraria y del poder sin trabas, de una ética que se basaba en la imposición. El decreto permitía la detención, encarcelamiento y ejecución de los enemigos de Alemania sin explicación ninguna. Los afectados a quienes se les aplicaba se esfumaban en cárceles y campos de concentración. Era como si nunca hubieran existido. Simplemente desaparecían en la noche y entre la niebla.

Esta siniestra oscuridad que envolvió durante los años de la guerra, devorándolos, a resistentes, comunistas, socialistas, republicanos españoles y judíos era muy diferente de aquella otra que al finalizar la guerra cayó sobre algunos de los personajes de este libro. Han sido durante mucho tiempo hombres sin pasado o con un pasado adaptado, construido a la medida para que se diluyeran entre la noche y la niebla esos días en los que estuvieron alternando con el terror como si no existiera o, peor aún, como si fuera lo habitual, como si en el futuro fuera lo cotidiano. Ellos no fueron víctimas, sino amigos de los verdugos. Complacientes compañeros de actividades del horror que hicieron más que mirar hacia otro lado. En realidad no les hacía falta ser héroes, sólo dar un paso atrás, y distanciarse en una cotidianeidad digna y oscura como en la que vivían Jean Guéhenno y tantos otros.

Como dice Simenon, un hombre sin pasado no es un hombre, no existe. La recuperación del pasado de unos personajes, su rescate entre las ruinas del tiempo y la oscuridad es a veces un medio para el rescate del propio pasado y también de una época cercana que nos pertenece porque nos la han contado. Se ha intentado desde la recreación iluminar un poco la noche y la niebla que ha caído sobre algunos protagonistas, muy distintos pero también muy próximos, de lo que se puede llamar la colaboración económica y política en la Francia de

los años de la guerra, así como las actividades, en el filo de la legalidad o abiertamente delictivas, que llevaron a cabo en los años de la Ocupación. Pero también ver como su existencia posterior estuvo marcada por estos años, pocos pero intensos, donde lo sucedido fue capaz de determinar sus vidas.

Es una aproximación a un tipo de gente que vivía en una zona oscura de la sociedad desde antes de la guerra, cuya existencia discurría por lugares y asuntos diferentes de los que ocupaban a la mayor parte de las personas. Habitantes de lugares de sombras y dedicados a actividades misteriosas que en los años que nos ocupan se hicieron aún más raros, más distintos de los demás, del resto de la gente con quien no compartían ni el destino ni los temores. Es lo que hicieron, cada uno a su modo, André Gabison, Pedro Urraca, César González Ruano y Albert Modiano.

A pesar del desfile de nombres y del protagonismo de los cuatro personajes, en realidad lo que se persigue es mostrar el ambiente y a las personas o, mejor, a este tipo de personas que circulan en ese ambiente que tiene tanta presencia en estos años. Unos años intensos y duros que, como a Patrick Modiano, Pierre Assouline, Juan Manuel Bonet, Javier Juárez o José Carlos Llop, por citar a quienes, por diferentes motivos, me resultan más cercanos, siempre me han interesado.

Éste es en buena medida el libro de los quizás, o, si se prefiere por aquello de la presencia de Francia, de los *peut-être*. En él casi todo son hechos, pero también hay algunas suposiciones y deducciones apoyadas en la documentación de archivo y en la bibliografía citada que afectan especialmente a la actuación de los personajes. No obstante, como reparará el lector avisado, hay conjeturas, deducciones y algunos episodios que han sido recreados con cierta intención literaria, basados en hipótesis que, a su vez, se apoyan en los datos.

Quizás la explicación a este planteamiento, a medio camino de todos los géneros sin reclamarse de ninguno —quizás, de ser algo, es una *quest* colectiva y de una época—, se encuentre en las palabras de Patrick Modiano cuando decía que «cuanto más oscuras y misteriosas seguían siendo las cosas, más me interesaban. E intentaba incluso hallarle un misterio a aquello que no tenía ninguno». Algo parecido es lo que ha servido para rescatar este ambiente extraño y estas vidas cruzadas, tan semejantes a algunas no muy lejanas y otras, como la de César González Ruano, muy conocidas. Cruzar sus vidas, ver sus coincidencias, ha sido el método para aproximarse a cada uno de los personajes y al contexto en el que vivieron, donde cada uno actuó de manera distinta pero con actividades y criterios muy próximos.

En todos los libros siempre debe haber agradecimientos, pues invariablemente alguien soporta la elaboración de la obra, llena de comentarios, inquietudes e interrogantes, cuando no de ayudas. Es por esta razón por lo que hay que comenzar dando las gracias a mis hijos Fernando, quien durante su estancia parisina en el 166, boulevard Montparnasse, a dos pasos de alguno de los escenarios de este libro, buscó con paciencia varios volúmenes que necesitaba y me acompañó a algunos de los lugares que se mencionan, y Diego, que desde Madrid hizo lo propio, colaborando en algunas tareas concretas, imprescindibles para poder trabajar con tranquilidad y acierto.

Gracias también a mi amigo Juan Manuel Bonet, quien además de haber sido el primero en haber leído el original, lo que supone un sacrificio, con su generosidad y amistad de siempre me ha proporcionado algunos datos, unos olvidados y otros desconocidos. A él le debo la pista de varios libros como *Le fleuve Combelle* que, comprado en Orly, me regaló al día siguiente de una

divertida cena parisina en vísperas de la aparición de su poemario *Nord-Sud*, tan cercano, y sobre todo del diccionario de Patrick Miannay, que tan útil me ha resultado. Juan Manuel Bonet ha seguido la evolución de este libro desde antes de sus comienzos con la atención de la amistad, pero también con el interés de quien sabe todo acerca de esta época que —al fin y al cabo es parisino— también le resulta cercana. Son unos años de los que sabe todo y a los que bien podría dedicar otro de sus diccionarios —¿cuándo convertirá una parte de sus fichas en un «Diccionario de agentes, artistas y escritores de los años negros», o algo por el estilo?— que siempre acaban convirtiéndose en obras imprescindibles.

Un recuerdo para Ignacio Peyró, amigo que también ha estado al tanto de los avatares de este libro desde sus inicios, y para Monique Planes y Antonio Bonet Correa, que en sus años parisinos vivieron en lugares y conocieron a personas que aparecen en esta historia.

Es imprescindible dar las gracias a Rosana de Andrés, que me ha guiado con acierto y profesionalidad por los archivos españoles y franceses, facilitándome contactos, gestiones y señalando extremos que me han resultado de gran utilidad, por no decir imprescindibles. A ella le debo mucha de la información que me ha permitido reconstruir alguna de estas vidas y que no hubiera podido conseguir sin su ayuda; a Luis Casado y Andrea Rascón, quienes han sufrido mi impaciencia documental con resignación; a mi buen amigo Antonio Monge, que también ha aportado su esfuerzo con generosidad para buscar alguna información esquiva en los archivos que domina; a Isabel Uralde, que casi consiguió atrapar a un fantasma especialmente escurridizo, y a A. Thomas, jefe de la oficina central de los Archivos de la Justicia Militar en Le Blanc, que con rapidez y exactitud hizo posible la consulta de la documentación solicitada. Algo que, por cierto, no sucedió en la bilbaína Fundación Sabino Arana.

Cómo no, gracias también, y muy sinceras, a Javier Jiménez, director de la editorial Fórcola y amigo, cuyo entusiasmo y capacidad gallimardiana ha permitido que este libro haya sido publicado. Su audacia y fe tanto en los libros y en la literatura como en los lectores, algo que caracteriza al buen editor, debe reconocerse siempre.

Por último, un recuerdo en la distancia a Patrick Modiano, pues sin su literatura, sin su forma de contemplar la propia biografía y los años más difíciles, no hubiera escrito este libro. No es de extrañar que también le esté dedicado.